

LA LEY DEL PROGRESO

Anhelos del alma humana.—La pasión más noble.—El bien de la Humanidad.—El motor del progreso.—Las dos condiciones de éste.—Asociación é igualdad.—La ley del progreso.—Su identidad con la ley moral.—El progreso será más rápido cuanto más se acomode á la justicia el organismo social.—La justicia social.—Primacía moral de la justicia.—La existencia de la miseria testimonia que no impera la justicia social.—Para extirpar la miseria hay que restablecer la ley moral.—El mundo romano.—La predicación de Cristo.—Falsoamiento de la ley evangélica.—La religión debe procurar el restablecimiento de la justicia social.—Este fué el espíritu del primitivo cristianismo.

El insaciado deseo que nace en el espíritu humano, cuando las necesidades materiales dormitan, sondean en la naturaleza, en el hombre mismo, al través de las nieblas que envuelven el pasado y en la obscuridad que vela el futuro. Debajo de las cosas busca la ley; quiere saber cómo ha sido forjado el Globo y cómo han sido colgadas en el firmamento las estrellas y descubrir, hasta sus orígenes, las fuentes de la vida. Y á medida que el hombre despliega lo más noble de su naturaleza, nace en su espíritu, más alto todavía, la pasión de

las pasiones, la esperanza de las esperanzas, el deseo de que él, siempre él, pueda alguna vez cooperar á que la vida sea mejor y más luminosa, destruyendo la miseria y el pecado, el dolor y la ignominia. Domina y enfrena al animal; vuelve las espaldas á la fiesta y renuncia al poderío; deja que otros acumulen riquezas, que gocen con gratas ocupaciones, que flaneen bajo la luz del sol del breve día. Trabaja para aquellos á quienes nunca ha visto y á quienes nunca podrá ver; por la gloria ó acaso por una escasa justicia que sólo podrá venir después de que los imbéciles hayan alborotado sobre la tapa de su ataúd... Se fatiga de antemano donde no encuentra calor, donde hay pocos aplausos de los hombres, donde las piedras son agudas y las zarzas espesas. En medio de las burlas del presente y de los escarnios que hieren como puñales, edifica para el futuro; abre el sendero que la humanidad progresiva ensanchará mañana para convertirlo en camino. A más altas, á más nobles esferas, el deseo se remonta y nos llama; una estrella que brilla en Oriente lo conduce.

De esta manera se realiza el progreso material y moral. El motor de ese progreso es el poder intelectual, y los hombres tienden á avanzar en proporción al poder intelectual que sucesivamente emplean, poder intelectual consagrado á extender la cultura, á perfeccionar los métodos y á mejorar las condiciones sociales. La sociedad puede ser comparada á un barco: su marcha al través del agua no depende del esfuerzo de su tripulación,

sino de aquella cantidad del esfuerzo dedicada á impulsarlo. Esa cantidad disminuirá por cualquier gasto de fuerza que se destine á desaguarlo ó que se emplee en luchas intestinas ó en empujarlo en diferentes direcciones.

Ahora bien: como en un estado de aislamiento todas las facultades del hombre son necesarias para conservar la existencia, y el poder intelectual sólo queda libre, para consagrarlo á más altos empleos, cuando los hombres forman sociedades que permiten la división del trabajo y todas las simplificaciones que provienen de la cooperación de un mayor número, lo más esencial para el progreso es la asociación. La mejora de las condiciones humanas se hace posible á medida que los hombres se asocian pacíficamente; mientras más amplia y más pacífica es la asociación, mayores las posibilidades de mejora. Y como el despilfarro de poder intelectual en luchas interiores es mayor ó menor según es ignorada ó reconocida aquella ley moral que otorga á cada uno de los hombres derechos iguales, la igualdad, esto es, la justicia, es el segundo requisito esencial del progreso.

Por consiguiente, la ley del progreso es la asociación en la igualdad; la asociación libera el poder mental para que se emplee en mejorar la igualdad, ó sea la justicia, esto es, la libertad; porque esos términos significan la misma cosa, á saber: el reconocimiento de la ley moral que impide la disipación de aquel poder intelectual en luchas infructuosas. Sentado esto, ¿qué es la ley del progreso humano sino la misma ley moral? En la me-

dida en que el régimen social promueva la justicia; en la medida en que se reconozca la igualdad de derechos entre hombre y hombre; en la medida en que se garantice á cada uno la libertad perfecta, que no tiene más límite que la libertad igual de los demás, avanzará la civilización. Por el contrario, en la medida en que se deje de hacer eso, se detendrá y retrocederá la marcha de la civilización. Ni la Economía política ni la Ciencia social pueden dar enseñanza alguna que no esté comprendida en las sencillas verdades que fueron enseñadas á unos pobres pescadores y á unos campesinos judíos por Uno que hace diecinueve siglos fué crucificado, verdades sencillas que, bajo los artificios del egoísmo y los errores supersticiosos, parecen ser el cimiento de toda religión que alguna vez ha tratado de formular las aspiraciones espirituales del hombre.

La justicia social: he ahí la ley del progreso. La miseria que en medio de la abundancia acosa y embrutece á los hombres; los males innumerables que de ella fluyen, manan de una negación de la justicia. Permitiendo el monopolio de los elementos que la Naturaleza ofrece libremente á todos, hemos desconocido la ley fundamental de la justicia, porque, en cuanto alcanzamos á ver, la justicia es la ley suprema del universo. Suprimiendo esa injusticia y garantizando los derechos de todos los hombres á los elementos naturales, nos acomodaremos á aquella suprema ley; removeremos la gran causa de la antinatural desigualdad en la distribución de la riqueza y del poder; suprimiremos la

miseria; mitigaremos la bárbara pasión de la codicia; secaremos los manantiales del vicio y del hambre; llevaremos á los lugares sombríos la luz de la cultura; infundiremos nuevo vigor en la inventiva y sano impulso á las facultades investigadoras; sustituiremos la debilidad política por el vigor político y haremos imposibles juntamente la tiranía de un lado y la anarquía de otro.

Yo no sé si la justicia es la cualidad más alta en la jerarquía moral, pero es la fundamental. Lo que esté por cima de la justicia, sobre ella tiene que cimentarse y ha de conseguirse por la justicia. No es una mera casualidad el que la declaración «el señor tu Dios es un Dios justo» preceda en el proceso religioso judaico que, al través del cristianismo, hemos heredado á la dulce revelación del Dios de amor. Hasta que la justicia eterna es percibida, el amor eterno tiene que permanecer oculto. Así como el individuo tiene que ser justo antes de que pueda ser verdaderamente generoso, las sociedades humanas tienen que cimentarse sobre la justicia antes de que puedan estar fundadas sobre la caridad.

Y es que hay algo más grande que la misericordia, algo más augusto que la caridad: la justicia misma que nos manda corregir la injusticia; la justicia que no puede ser desconocida; la justicia que no puede ser expulsada; la justicia que con la balanza lleva la espada. ¿Nos resguardaremos de sus golpes con ceremonias y plegarias? ¿Apartaremos los decretos de la ley inmutable levantando iglesias cuando hay niños hambrientos que gimen y madres extenuadas que lloran? Aunque se haga con

el lenguaje del sacerdote, atribuir el dolor y el embrutecimiento que provienen de la miseria á los inexcusables decretos de la Providencia, dirigirse con las manos cruzadas hacia el Padre Común y arrojar sobre él la responsabilidad del sufrimiento y del crimen en nuestras grandes ciudades, es una blasfemia. Degradamos al Eterno; calumniamos al Justo.

Porque, Dios en sus relaciones con el hombre, no ha sido un imprevisor ni un avaro; no ha traído demasiados hombres al mundo; no ha descuidado abastecerles abundantemente; no ha decretado esta acerba competencia de las masas por una mera existencia animal y esta monstruosa acumulación de riqueza que caracteriza nuestras civilizaciones. Todos esos males, que á tantos inducen á decir que no hay Dios, ó, aún más impiamente, á decir que son decretos de Dios, se deben á nuestro desconocimiento de la ley moral. La ley de la justicia no es mero consejo de perfección, sino que verdaderamente es la ley de la vida social. Con sólo observarla habría trabajo para todos, abundancia para todos, y la civilización tendería á dar al más pobre no sólo lo necesario, sino también todas las comodidades y lujos razonables. Cristo no era un soñador cuando dijo á los hombres que si buscaban el Reino de Dios y su justicia no tendrían que preocuparse por las cosas materiales más que se preocupan los lirios del campo por sus vestiduras; al hablar así Cristo afirmó únicamente lo que la Economía política á la luz de los modernos descubrimientos muestra que es una hermosa verdad.

Hace diez y nueve siglos, cuando otra civilización engendraba monstruosas desigualdades, cuando las multitudes estaban sumidas en todas partes en una esclavitud sin esperanzas, surgió en una aldea judía un carpintero ignorante que, rompiendo con las ortodoxias y ritualismos de su tiempo, predicó á campesinos y pescadores el Evangelio de la paternidad de Dios, de la fraternidad é igualdad de los hombres, y enseñó á sus discípulos á pedir la venida del Reino de Dios sobre la tierra. Los intérpretes de las Escrituras lo escarnecieron; los predicadores ortodoxos lo denunciaron; fué señalado como un soñador, como un perturbador, como un «comunista», y, finalmente, la sociedad organizada se alarmó; y Aquél fué crucificado entre dos ladrones. Pero sus enseñanzas subsistieron y, difundidas por fugitivos y esclavos, hicieron su camino contra el poder y contra la persecución, hasta que revolucionaron el mundo. Junto á la podrida civilización antigua depositó el germen de la nueva. Entonces, como ahora, las clases privilegiadas se unieron otra vez, pusieron la efigie del hombre del pueblo en los Tribunales y sobre la tumba de los reyes; y, en su nombre, consagraron la desigualdad y falsearon su Evangelio para defender la injusticia social. Pero otra vez, las mismas grandes ideas de la paternidad común, de la fraternidad común, de un estado social en el que nadie se extenuará ni nadie sentirá hambre, comienzan á avivarse en el espíritu colectivo.

Junto á esas grandes y nobles ideas, tiene su puesto la religión. Porque, ¿cuál es el oficio de la

religión sino señalar los principios que deben regir la conducta de los hombres para con sus semejantes, proporcionar una clara y decisiva regla de justicia que guíe á los hombres en todas las relaciones de la vida, en el taller, en el mercado, en el foro y en el Parlamento, lo mismo que en la Iglesia; suministrar como si dijéramos una brújula en la que, entre los arrebatos de la pasión, las aberraciones de la codicia y los espejismos de las miopes inclinaciones de los hombres, puedan éstos navegar seguramente? ¿Para qué sirve una religión que permanece pasiva y malgastada frente al más urgente problema? ¿Cuál es la utilidad de una religión que, cualesquiera que sean sus promesas para el otro mundo, no pueda impedir la injusticia en éste? El cristianismo primitivo no era una religión así; si lo hubiera sido, no habría afrontado las persecuciones romanas; jamás hubiera barrido al mundo romano. Los excépticos amos de Roma, tolerantes con todos los dioses, desdeñosos de lo que llamaban supersticiones vulgares, fueron agudamente sensibles á una doctrina fundada sobre la igualdad, temieron instintivamente á una religión que infundía al esclavo y al proletario una nueva esperanza; que tomaba por figura central un carpintero crucificado; que enseñaba la paternidad de Dios y la fraternidad de todos los hombres; que trataba de apresurar el reino de la justicia y que oraba, diciendo: ¡«vénganos el tu Reino sobre la tierra»!

XXVI

LA LIBERTAD TRIUNFANTE

Igualdad, justicia y libertad, son la misma cosa.—La libertad no ha fracasado, porque es la ley moral.—Ha fracasado la libertad á medias —Error de los que creen cumplida la misión de la libertad.—La libertad es la fuente de toda vida para el género humano.—A ella se deben todos los progresos.—El influjo de la libertad y la resurrección de los pueblos.—Los judíos.— Los fenicios.— Grecia.— Roma.— Germania.— El Renacimiento.—Inglaterra.—España.—La Revolución francesa.—El llamamiento de la libertad.—O la libertad plena ó el perecimiento de la sociedad.—Las promesas de la libertad.— El reino del príncipe de la Paz.

La igualdad es justicia, la justicia libertad. Suponemos que la libertad ha fracasado porque sólo impera en el mundo parcialmente; pero la libertad no puede fracasar porque es la propia ley moral, la ley de Dios. Honramos la libertad en el nombre y en la forma; le alzamos estatuas y pregonamos sus beneficios; pero no hemos depositado plenamente en ella nuestra confianza y, con el crecimiento social, también crecen sus exigencias; la libertad no tolera que se la sirva á medias.

Libertad es un conjuro, no una palabra para mortificar los oídos con sus vanas alabanzas. Por-

que libertad significa justicia y justicia es la ley natural, la ley de la salud, del equilibrio y de la fuerza, de la fraternidad y de la cooperación.

Aquellos que creen que la libertad ha cumplido su misión suprimiendo los privilegios hereditarios y dando á los hombres el voto; que piensan que aquélla no tiene otras relaciones con los cotidianos asuntos de la vida, no han vislumbrado su verdadera grandeza. Para ellos, los poetas que la han cantado, tienen que ser plagiarios y sus mártires, locos. Así como el sol es tan dueño de la vida como de la luz; así como los rayos del sol no sólo iluminan las nubes, sino que sustentan toda la vegetación, suministran toda fuerza y hacen brotar de lo que en otro tiempo era una obscura é inerte masa la gran diversidad de seres y bellezas, así es la libertad para el género humano. No es por una ficción por lo que los hombres han trabajado y muerto, por lo que en todas las edades han luchado los defensores de la libertad y han padecido sus mártires.

El sol de la libertad sólo ha brillado entre los hombres á intervalos y con luz parcial, pero á ella se le deben todos los progresos.

Descendió la libertad á una raza de esclavos envilecidos bajo los látigos egipcios y los condujo á la tierra de promisión. Los endureció en el desierto é hizo de ellos una raza de conquistadores. El libre espíritu de la ley mosaica elevó á sus pensadores á regiones donde contemplaron la unidad de Dios, é inspiró á sus poetas estrofas que todavía contienen las más altas exaltaciones del pensamiento.

Amaneció la libertad en la costa fenicia y los barcos franquearon las columnas de Hércules, para surcar mares desconocidos; derramó parcialmente su luz sobre Grecia, y los mármoles griegos participaron de una belleza ideal; las palabras se convirtieron en instrumento de las más sutiles ideas, y contra el escaso ejército de las ciudades libres se estrellaron las incontables huestes del Gran Rey, como las ondas contra las rocas. Arrojó sus rayos sobre las pequeñas heredades de los labradores itálicos, y de su fuerza nació un poder que conquistó al mundo. Brilló en los escudos de los guerreros germanos y Augusto lloró por sus legiones. Pasada la noche que siguió á su eclipse, sus oblicuos rayos cayeron otra vez sobre ciudades libres, y la perdida cultura renacía, la moderna civilización comenzaba; fué descubierto un Nuevo Mundo, y en la medida en que la libertad creció, crecieron las artes, la riqueza, el poder, la cultura y el refinamiento. En la historia de todos los países puede leerse la misma verdad. Fué la energía, nacida de la Carta Magna, la que venció en Crecy y Agincourt. Fué la resurrección de la libertad, después del despotismo de los Tudores, la que glorificó el período de Isabel; fué el espíritu, que llevó á un tirano coronado á un cadalso, el que plantó la semilla de un árbol espléndido. Fué la energía de la antigua libertad la que, en el momento que logró su unidad, hizo de España el más grande poder de la tierra, sólo para caer en la más honda sima del abatimiento, cuando la tiranía sucedió á la libertad. Ved en Francia morir todo vigor inte-

lectual, bajo la tiranía del siglo XVII, y revivir esplendoroso cuando la libertad despertó en el XVIII, y vedla fundar, con la emancipación de los campesinos franceses en la gran revolución, la más admirable potencia que en nuestro tiempo ha desafiado al desastre. ¿No confiaremos en ella? En nuestro tiempo, como en tiempos anteriores, surgen fuerzas malignas que, produciendo la desigualdad, destruyen la libertad. Comienzan las nubes á cubrir el horizonte. La libertad nos llama de nuevo; debemos seguirla más lejos, debemos poner en ella plenamente nuestra confianza; ó la aceptamos íntegra ó no permanecerá entre nosotros; no es bastante que los hombres voten; no es bastante que sean teóricamente iguales ante la ley. Han de tener libertad para utilizar las oportunidades y medios de vida; han de ser iguales ante los dones de la Naturaleza; ó esto, ó la luz de la libertad se eclipsará; ó esto, ó sobrevendrán las tinieblas y las mismas fuerzas que el progreso ha engendrado se convertirán en poderes destructores. Esa es la ley universal, esa es la enseñanza de los siglos. A menos que sus fundamentos reposen sobre la justicia, no puede sostenerse el edificio social.

Sí, en cambio, cuando todavía es tiempo, tornásemos á la justicia y la obedeciéramos; si confiáramos en la libertad y la siguiéramos, los males que ahora nos amenazan, desaparecerían; las fuerzas que ahora nos intimidan, se convertirían en resortes de nuestro encumbramiento. Pensad en las fuerzas ahora despilfarradas, en los infinitos cam-

pos del saber aún no explorados, en las cosas posibles, de que todos los admirables inventos de este siglo, no son más que anticipos. Cuando la miseria sea destruída; cuando la codicia sea reemplazada por nobles pasiones; cuando la fraternidad que proviene de la igualdad, sustituya á la desconfianza y al temor que ahora predispone á los hombres unos contra otros; cuando el poder intelectual sea libertado mediante condiciones que otorguen al más humilde bienestar y descanso, ¿quién medirá las alturas á que nuestra civilización puede remontarse? Faltan palabras al pensamiento. Es la edad de oro cantada por los poetas y que los profetas nos han revelado en metáforas; es la gloriosa visión que siempre deslumbró al hombre con relámpagos de fugitivo resplandor, es lo que vió aquél cuyos ojos en éxtasis se cerraron en Patmos; es la cima cristiana, la ciudad de Dios sobre la tierra con sus muros de jaspe y sus puertas de perlas; es el Reino del Príncipe de la Paz.

XXVII

LA SOLIDARIDAD HUMANA

La conquista de la justicia.—El sentido de la justicia y del espíritu de las multitudes.—La apelación á la conciencia.—El deber de los mejores.—Inexpugnabilidad del desinterés.—El símbolo de la Encarnación y los redentores de pueblos.—Impotencia de los esclavizados para libertarse.—Fecundidad de las vidas gloriosas.—Los grandes ejemplos.—La revolución que empieza.—La suerte de la esclavitud proletaria está echada.—El puesto de los dignatarios de la Iglesia.—La gran batalla.—El llamamiento á las almas fuertes y nobles.—La causa más generosa.—Pelemos por el Bien.—¿Qué importa ver ó no el triunfo?—En la propia lucha está la recompensa de la vida.—La Justicia y el Bien, triunfarán.—La libertad prevalecerá; la justicia imperará sobre la tierra.—El día glorioso y grande comienza á amanecer.

¿Cómo encaminarse hacia la conquista de ese reino de la justicia? ¿Cómo suscitar en torno nuestro una fuerza bastante poderosa para instaurarlo? Para iniciar y sostener un gran movimiento popular, es mejor dirigirse á la conciencia que al entendimiento, mejor á la solidaridad que al egoísmo. Sea lo que fuere con respecto al individuo, en las multitudes el sentido de la justicia es más rápido y más certero que la percepción intelectual. Si un problema no puede revestir la forma de justo ó in-

justo, no provocará discusiones generales, ni excitará á muchos á la acción. Las ganancias ó pérdidas materiales nos hieren menos intensamente á medida que es mayor el número de quienes participan de ellas, pero la fuerza de la solidaridad se acrecienta á medida que pasa de hombre á hombre; se acumula y se contagia.

No deseo excitar á aquéllos á quienes mi voz alcance á reclamar sus propios derechos tanto como á que reclamen los derechos de otros más desamparados. Creo que la idea del deber es más poderosa para el progreso social que la idea del interés; que en la solidaridad hay una fuerza social más vigorosa que en el egoísmo. Creo que todo gran adelanto social tiene que nacer y ser vivificado por ese anhelo que procuró hacer la vida mejor, más noble y más feliz para otros, antes que por el anhelo que únicamente busca más goces para sí propios. Porque la injusticia siempre puede comprar al egoísmo, cuando crea que merece la pena, pagándolo bastante; pero el desinterés no se puede comprar.

En la idea de la encarnación de un Dios que desciende voluntariamente al terreno de los hombres, símbolo que no es exclusivo del cristianismo sino que se encuentra en otras grandes religiones, reside, según algunas veces pienso, una verdad más profunda acaso que la enseñada por las Iglesias. Porque es cierto que los redentores, los liberadores, los impulsores de la humanidad, siempre han sido los empujados por la visión de la injusticia y de la miseria, no los aguijados por su propio

padecer. Fué Moisés, instruido en todo el saber de los egipcios y libre en la corte de Faraón y no un esclavo envilecido y obligado á fabricar ladrillos sin paja, quien arrancó á la ergástula los hijos de Israel; fueron los Gracos, patricios por su sangre y su fortuna, quienes lucharon hasta morir contra el sistema de monopolio de la tierra, que finalmente destruyó á Roma. Siempre ha sido así; siempre los oprimidos, los degradados, los envilecidos, han sido libertados y elevados por los esfuerzos y los sacrificios de aquéllos á quienes el Destino les fué clemente, no por sus propias fuerzas; porque los hombres, mientras más completamente han sido despojados de sus derechos naturales, menos vigor conservan; mientras más necesidad tienen de ser ayudados, menos pueden ayudarse á sí propios.

Esas vidas son fecundas, tanto por el ejemplo como por la muerte. Así dignifican la naturaleza humana y glorifican el humano esfuerzo é infunden esperanza y fe en los que luchan. La vida de Moisés, como sus instituciones, es una protesta contra esa blasfema doctrina, corriente ahora como hace tres mil años, esa blasfema doctrina predicada con frecuencia aun desde los púlpitos cristianos que atribuye la miseria y el dolor de las multitudes de nuestro linaje á una misteriosa disposición de la Providencia que podemos deplorar, pero no discutir ni alterar. Que quienes profesan esa doctrina, quienes creen que la depauperación y el embrutecimiento desbordantes en los propios centros de nuestra civilización no son cosa que les afecten,

miren el ejemplo de aquella vida. Porque para quienes quieran mirar, aún arderá la zarza; y para aquéllos que quieran oír, otra vez resonará la voz: «el pueblo padece, ¿quién lo conducirá?»

No ya en un país, en todo el mundo se está iniciando hoy una mayor, más honda, más beneficiosa revolución que las nunca habidas. La palabra de Dios la impele, y fuerzas que son las más poderosas dadas por Dios al hombre la apresuran. No está en mano de las injusticias imperantes detenerla como no está en manos del hombre detener el sol. Las estrellas en su curso luchan contra Sísera; y en la fermentación de hoy, para aquel que tenga oídos para oír, la suerte de la esclavitud proletaria está echada.

En esa lucha que comienza, más aún, que ya ha comenzado, ¿dónde se hallarán los dignatarios de la Iglesia? ¿Del lado de la justicia y de la libertad ó del lado de la injusticia y de la esclavitud? ¿Con los libertados, cuando los alegres panderos suenen otra vez ó con los carros de guerra y los ginetes que otra vez serán sumergidos en el mar?

Mirad en torno. Ahora, aquí, en nuestra sociedad civilizada, las viejas alegorías aun tienen un significado, los antiguos mitos son aún verdad. En el valle de las sombras de la muerte, á donde todavía conduce la senda del deber, los cristianos y los creyentes recorren las calles de la feria de la vanidad, y sobre la armadura del gran corazón suenan los ruidosos golpes. Ormuzd lucha todavía con Ahriman; el príncipe de la luz con los poderes de las tinieblas. Los clarines llaman á la batalla á

quienes quieran oír. ¡Como llaman, llaman y siguen llamando hasta que se exaltan los corazones que los oyen! ¡Almas fuertes y nobles conciencias: el mundo os necesita ahora! La beldad todavía yace prisionera y ruedas de hierro trituran el bien, la verdad y la belleza que podrían surgir de las vidas humanas. Y los que pelean por Ormuzd, aunque no se conozcan unos á otros, alguna vez se juntarán en alguna parte.

La más noble causa á la que puede consagrarse un ser humano es esta. Después de todo, ¿qué hay en la vida comparable á una lucha como esta? Una cosa, y sólo ella es en este mundo absolutamente cierta para cada hombre y cada mujer como lo es para todo el género humano: la muerte. Dentro de unos pocos años ¿de qué nos servirá cuanto dejemos? La más noble y mejor tarea en que podemos emplear la vida ¿no es realizar algo para hacer mejor y más feliz la condición de aquéllos que vengan después de nosotros, peleando ahora contra la injusticia, ilustrando la opinión pública, haciendo cuanto podamos para derribar el angustioso régimen que degrada y amarga la suerte de tantos?

Ante nosotros hay una larga y pesada etapa de lucha. Verosímilmente, probablemente, muchos de nosotros no podremos ver jamás el triunfo; pero ¿qué importa? Entrar en semejante batalla es un privilegio. Sabemos que no es más que una etapa de la grande, la universal, la permanente lucha en que el hombre justo y bueno de todas las edades, ha entrado; sabemos que nosotros, tomando parte en ella, hacemos en nuestra humilde esfera algo

para traer á la tierra el reino de Dios, para preparar las condiciones de vida á aquellos que vengan más tarde, á aquellos de los que confiamos que prevalecerán en el cielo.

Cuando nuestra hora llegue, ¿qué importará que nos hayamos tratado regaladamente ó no; que nos hayamos abrigado con suaves vestiduras ó no; que dejemos una gran fortuna ó no dejemos nada; que hayamos cosechado honores ó hayamos sido despreciados; que hayamos disfrutado reputación de instruidos ó de ignorantes? ¿Qué importa todo ello cuando se lo compara con la manera de haber empleado la inteligencia que se nos confió en depósito para servir al Señor? ¿Qué importa todo ello cuando los ojos se vidrien y los oídos se emboten, si más allá de las sombras podemos estrechar una mano amiga y oímos que en el silencio nos dice una voz: «bien venido, siervo bueno y creyente: has tenido fe en algunas cosas, te haré rector de muchas. Entra en el goce del Señor».

Y en esta contienda por la justicia y el bien se triunfará, se triunfará pronto. Hace todavía muy poco, las naciones eran compradas y vendidas, negociadas en tratados, cedidas en testamentos. ¿Dónde está ahora el derecho divino de los reyes? Hace todavía muy poco, la carne y la sangre humanas eran propiedad legal. ¿Dónde están ahora los derechos intangibles de la esclavitud corporal? Y esta injusticia que acarrea la tiranía y entraña la esclavitud, esa injusticia de la cual nacen estas dos, ¿continuará mucho tiempo? ¿Se continuará siempre poniendo una señal en las espaldas

de toda clase condenada á la fatiga? ¿Continuarán las piedras de molino de la codicia triturando al pobre? No, eso no corresponde á la armonía del universo. Como Aquel, que hace siglos fué escarnecido y maltratado, os digo que la luz de una nueva aurora asoma en el firmamento. Venga con el canto de las alondras ó entre el redoble del tambor de guerra, está próxima: llegará. Las verdades que sirven de cimiento á esa lucha contra la injusticia, podrán ser falseadas por el prejuicio y oscurecidas por la calumnia; podrán avanzar ó ser detenidas transitoriamente. Pero una vez desplegada la bandera, no podrá plegarse otra vez. Para sepultar estas verdades, el egoísmo apelará á la ignorancia; pero en aquéllas reside la ineontrastable fuerza germinativa de la verdad y ha llegado la sazón de los tiempos. Si el pedernal se opone á que broten, el pedernal se henderá ó desmenuzará. Pablo, planta; Apolo, riega; Pero Dios recoge la cosecha.

El terreno está preparado; la semilla sembrada; el árbol del bien, crecerá. Todavía es muy pequeño. Sólo pueden verlo los ojos de la fe. Muy pequeño es; muy tierno y muy débil. Pero alguna vez, en sus ramas frondosas, cantarán las aves del cielo, alguna vez el viajero fatigado reposará á su sombra.

FIN